

A person is shown from the chest up, wearing a dark jacket. They have their hands pressed against their face, completely obscuring their eyes and nose. The background is a blurred, light-colored wall with some faint markings. The overall mood is one of despair, shame, or being overwhelmed.

**El mal que
está en MÍ**

Romanos 7: 15-18

El mal que está en mí

Romanos 7: 15-18 *Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. ¹⁵ Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. ¹⁶ Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. ¹⁷ De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. ¹⁸ Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.*

Introducción

Cuanto más deseemos complacer al Señor, mayor será el conflicto en nuestro

interior. Dios dice: *"Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso"* (Jeremías 17:9).

El hombre tiene un corazón de piedra, y Dios sabe que no puede vivir en conformidad a los mandamientos. Israel pensaba que podía cumplir las demandas de Dios, porque dijeron: *"Todo lo que Jehová ha dicho, haremos"* (Éxodo 19: 8). Pero fracasaron en lo que prometieron.

Los grandes hombres de Dios a través de la historia del cristianismo nunca se jactaron de su grandeza espiritual. Los grandes siervos de Dios tienen en cuenta el pasaje bíblico que dice: *"El que procure estar firme, mire que no caiga"*.

I. La sinceridad de un hijo(a) de Dios

El apóstol Pablo comparte con nosotros en Romanos capítulo 7 la intimidad de su propia lucha. Me gusta la honestidad personal del apóstol Pablo, siempre se muestra fuerte espiritualmente, pero también reconoce que hay momentos difíciles cuando es acusado internamente por su propia concupiscencia que mora en él.

Nunca he conocido a un cristiano totalmente sin pecado, y tampoco lo tenía el apóstol Juan (1 Juan 1: 7-10). Incluso hacia el final de su vida el apóstol Pablo declaró la misma lucha (Fil. 3: 12-16).

Pablo nos revela a nosotros en este capítulo siete de Romanos su propia experiencia cuando peca. Esto es

agonizante para el apóstol. *"Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco"* (Romanos 7: 15).

Las palabras del Pablo era como decir: No quiero pecar, quiero resistir, pero hay ocasiones que la carne me domina porque es débil (Romanos 7: 17).

II. La legitimidad de la atracción

Es importante entender que nuestros deseos naturales nos fueron dados por Dios y que son legítimos. Por ejemplo, no hay nada malo en querer comer. Pero cuando queremos comer más, o menos, de lo que debemos, o queremos estar a la moda, aunque de alguna manera

perjudique nuestro cuerpo, el deseo es ilegítimo.

La primera reacción cuando caemos en tentación es culpar a otra persona o atribuirlo a defectos de nuestra personalidad. *"Mi amigo me empujó a hacerlo", "así me educaron mis padres; no puedo evitarlo, el diablo me obligó a hacerlo"*.

Esa táctica de desviar la culpa hacia los demás no es nueva. Cuando Dios buscó a Adán en el Huerto del Edén después de haber pecado, Adán culpó a Eva (Génesis 3:12).

Satanás jamás puede obligarnos a hacer nada, su poder se limita a la manipulación y al engaño (2Corintios 11: 3).

Puede impulsarnos a tener muchos deseos de hacer o decir algo porque los

deseos están en nosotros, pero literalmente no puede forzarnos a hacerlo. El Señor Jesús nos advirtió: *"... él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (Juan 8:44).*

Por otra parte, Dios no nos tienta a pecar; su carácter no le permite hacerlo. De ninguna manera puede el Dios Santo y Todopoderoso estar asociado con el pecado (Santiago 1:13-14).

Conclusión

No importan ni la presión, ni los incentivos, ni los detalles atractivos, la Escritura dice claramente que nosotros somos los responsables de nuestro pecado

y nadie más. Cuando somos tentados, podemos decir sí o no; la decisión es nuestra. Y pese a la influencia fuerte y negativa de la tentación podemos hacer la elección correcta con la ayuda de Dios. Al reconocer la verdadera naturaleza del conflicto, estamos preparados para poner la Palabra de Dios en acción ante cualquier desafío.